

SEMBLANZA DE RICARDO CAPPONI MARTÍNEZ

A MODO DE DESPEDIDA DE MI AMIGO RICARDO CAPPONI

A Ricardo lo conocí el año 1986, cuando iniciábamos junto a un grupo de 9 colegas la aventura de convertirnos en psicoanalistas.

La etapa de la formación es intensa y el grupo de compañeros tuvo mucha importancia en ese momento. Aprendíamos unos de otros y Ricardo era un ejemplo en muchas dimensiones. Desde ese tiempo hasta su muerte mantuvimos una relación de amistad en la que nos encontramos en distintos contextos humanos y profesionales.

En lo que sigue voy a compartir con ustedes algunos recuerdos y algunas reflexiones sobre su pensamiento como una forma de despedida. No pretenden ser exhaustivas ni rigurosas, sino más bien evocativas para recordar lo que me impactó de su forma de pensar y elaborar algunas ideas que adquirimos juntos en la formación y que discutimos y repensamos muchas veces a lo largo de los años. Una vez recibidos Ricardo pasó rápidamente a ser analista titular y profesor del instituto. El año 2002 fue elegido presidente de la Asociación.

El privilegio de compartir labores administrativas en su directorio me permitió comprobar sus habilidades de liderazgo. Fue firme y también claro y sereno para tomar decisiones y marcar la marcha de la institución. Esto permitió transitar un tiempo de gran actividad científica y crecimiento institucional.

A lo largo de estos años nuestro diálogo giraba naturalmente sobre psicoanálisis, pero también de muchos otros temas y el sentido del humor estaba siempre presente en esas conversaciones.

En los últimos años nos juntábamos regularmente a disfrutar de alguna película y después teníamos largas conversaciones en las que intercambiábamos nuestros respectivos puntos de vista.

Durante este recorrido juntos siempre me asombró la disciplina que desplegaba en el empeño por comprender el sufrimiento humano, que ya lo había llevado a estudiar psiquiatría y filosofía. De esa época dejó como testimonio su afamado

libro de psicopatología que es una muestra de su talento, pero también de su interés en la observación metódica de los fenómenos humanos.

En la práctica psicoanalítica desarrolló una pasión y rigor similares. La posibilidad de observar e interpretar las motivaciones inconscientes amplificó el espectro de lo que estaba a su alcance para dar sentido y mitigar el sufrimiento mental de sus pacientes y comprender otros procesos humanos a los que dedicó su talento y esfuerzo.

Como a todos nosotros a Ricardo le produjo un impacto profundo y duradero la comprobación del conflicto emocional que subyace a nuestras relaciones íntimas. La inevitable coexistencia de amor y odio en las relaciones y la necesidad de un trabajo emocional para que el amor prevalezca y garantice la integridad de la personalidad y la salud mental es una idea que permea su concepción de la felicidad como un logro trabajoso.

De su formación kleiniana quedó impactado por la importancia del odio en la vida emocional temprana y la necesidad de integrar amor y odio en la posición depresiva y las enormes consecuencias que se derivan de eso para el devenir de la mente sana o enferma. Con el tiempo, el modelo propuesto por Kernberg que integraba la teoría, la clínica, la psicopatología y la comprensión de grupos e instituciones ejerció sobre todos nosotros una atracción muy fuerte. Ricardo se entusiasmó particularmente y su vocación por el diagnóstico riguroso influyó en eso. Como parte de los preparativos para el congreso de la IPA de 1999 Ricardo presentó un trabajo sobre los afectos en la obra de Kernberg que sintetizaba sus contribuciones al tema. Ahí describía nuevamente la teoría del desarrollo que partía de relaciones objetales parciales, escindidas activamente con propósitos defensivos y que constituía un tema central a resolver en las formas más graves de la psicopatología individual y que también permite hacer comprensibles algunos procesos regresivos que caracterizan los funcionamientos grupales.

En su trabajo clínico este concepto adquirió tal relevancia que, en una presentación clínica en esta asociación, refiriéndose a la importancia de los procesos de integración que se producen durante el análisis en el contexto de la transferencia propuso agregar a las clásicas expresiones usadas por Freud de vía

di porre y vía di levare, una tercera vía en que el análisis produce los cambios. A esta propuso llamarla vía di fundêre. Con esto se refería precisamente a los procesos de integración que se producen en el paciente en condiciones de máxima activación emocional en la transferencia y en virtud de la contención del encuadre y de la mente del analista. La fundición de los metales para producir aleaciones duraderas era la metáfora elegida, para mostrar, con un interesante material clínico, como esos procesos de integración de relaciones parciales ocurrían al calor de la transferencia.

Ricardo tempranamente en su carrera como analista se propuso difundir estos descubrimientos tan valiosos, adquiridos laboriosamente en el análisis personal y al lado de sus pacientes, para contribuir a que grupos masivos pudieran tener acceso a ellas.

Las posibilidades que ofrecía la teoría de las relaciones objetales para comprender los fenómenos grupales lo llevó a buscar aplicar esos desarrollos a la comprensión del proceso social de la transición chilena en su libro Chile un duelo pendiente.

En ese ensayo hizo una comparación de los procesos de duelo individual, usando las ideas de Klein sobre los procesos intrapsíquicos de pérdida y reparación del objeto bueno interno que caracterizan al duelo normal y los procesos de pérdida y recuperación de la buena relación que caracteriza las relaciones amorosas íntimas cuando se produce un conflicto. La posibilidad de una regresión a formas esquizoparanoideas de funcionamiento aleja la posibilidad de elaboración y resolución del conflicto y recuperación de la buena relación previa. En definitiva, concluía que solo el doloroso camino de toma de conciencia de la realidad psíquica, en la cual tiene importancia los hechos reales, pero también los hechos psíquicos internos que se desencadenaron por el acontecimiento externo permiten llevar a cabo una elaboración auténtica y veraz del duelo. Una elaboración que, en definitiva, ayude a hacer experiencia y lograr mayores grados de libertad. De este modo intentaba comprender el concepto de reconciliación que en ese momento se había puesto en boga para describir la necesidad de recuperar la amistad cívica en la sociedad chilena posterior al rompimiento y recuperación de la democracia, con su secuela de pérdidas traumáticas descritas en el informe Rettig. Después de

un concienzudo análisis de la bibliografía psicoanalítica sobre los funcionamientos grupales concluye que los grupos grandes y las masas, tanto organizadas como desorganizadas son incapaces de elaboración psíquica. Cita a Alford para decir que las masas no tienen capacidad reparadora y reaccionan con la ley del Talión. La individualidad, la reflexión personal, la inteligencia que surge de la conjunción entre emoción y significado carece de sentido o es, simplemente desconocida. Por esto concluye que la reconciliación en los grupos sociales no es posible, es una ficción, una equivocación que proviene de la extrapolación de un concepto de la psicología individual a la psicología social. Mantiene algo de optimismo al plantear que los grupos chicos con líderes lúcidos podrían conducir al grupo al predominio de la modalidad de trabajo, en que serían capaces de dicha elaboración. Estos grupos así constituidos podrían influir el devenir del grupo grande. Antes de su repentina muerte conversamos sobre los acontecimientos que se estaban produciendo en Chile y convinimos sobre lo actuales que resultaban algunas de sus conclusiones de entonces.

La motivación en la difusión lo llevó a realizar intervenciones en colegios, empresas y otras comunidades para transmitir algo de este conocimiento sobre la vida emocional a grupos más amplios de personas y eventualmente motivarlos hacia la búsqueda del autoconocimiento. Era muy buen expositor y tenía una extraordinaria capacidad para hacer accesibles los conceptos psicoanalíticos a públicos muy heterogéneos sin desconocer los riesgos de simplificación que este esfuerzo entrañaba. Sin embargo, no era de esas personas que se dejan amilanar por las dificultades. Finalmente, esta se transformó en una de sus facetas más conocidas. En Chile creo que ha sido el mayor difusor de las ideas psicoanalíticas en el último tiempo.

En este empeño de difusión, nunca abandonó su interés por la clínica y sus escritos y ponencias siempre estaban sostenidos en alguna medida en aquellos conceptos adquiridos en su formación psicoanalítica y tantas veces redescubiertos junto a sus pacientes y las animadas discusiones con colegas y amigos.

Para terminar, quisiera evocar una de nuestras últimas conversaciones: en esa oportunidad Ricardo insistía en lo importante de trabajar la gratitud. Me comentó

que había llegado a la convicción de que la gratitud es algo que hay que trabajar y que esa es una de las claves de la felicidad. Aprender de nuestros amigos también nos pone en la necesidad de trabajar el reconocimiento y la gratitud. Ricardo nos deja un legado que será motivo de inspiración para los que lo conocimos, ahora tendremos que conformarnos con cultivar su recuerdo y su ejemplo aceptando el dolor de su ausencia.

Alfonso Pola M.

Email: alfonsopolam@gmail.com